

**POLÍTICA LASALLISMO  
LASALLIAN POLICY**

Rodolfo Arteaga Rivemar

Universidad la Salle Pachuca

**Nota sobre el autor**

**Licenciado en Derecho y maestrante en Administración de Instituciones Educativas. Participante del curso sobre lasallismo ofrecido por el Centro Español Lasaliano en Madrid, España. Se desempeña como Director de Relaciones Públicas en la Universidad La Salle Pachuca.**

**Esta investigación fue financiada con recursos del autor.**

**Remita cualquier duda sobre este artículo al siguiente correo electrónico: [rarteaga@lasallep.edu.mx](mailto:rarteaga@lasallep.edu.mx)**

Recibido:1/1/2006  
Aceptado:1/1/2006

Derechos de autor © 2006 Universidad La Salle Pachuca - Todos los derechos reservados.

Condiciones de Uso: La reproducción total o parcial de la obra en soporte electrónico queda prohibida sin la autorización de la Universidad la Salle Pachuca.

# POLÍTICA Y LASALLISMO

Rodolfo Arteaga Rivemar\*

## Resumen

Si entendemos a la política como la acción de varios en favor de otros, entonces quedará claro el gran valor que representa, contrario a las percepciones que de ella se tienen en la actualidad. Visto de esa forma, es sencillo encontrar que el lasallismo, dedicado desde siempre a favorecer a los demás a través de la educación cristiana, resulta francamente compatible con los elementos de la definición de política que se ha señalado. La clave es que tanto la política como el lasallismo se mantengan fieles a las concepciones que les originaron.

Palabras clave: Política, lasallismo, acción, educación, común.

## Abstract

If we understand to the politics as the action of several in favor of other, then it will be clear the great value that represents, contrary to the perceptions that are had at the present time of her. Seen in that way, it is simple to find that the lasallismo, always dedicated to favor to the other ones through the Christian education, is frankly compatible with the elements of politics's definition that it has been pointed out. The key is that as much the politics as the lasallismo stay faithful to the conceptions that originated them.

Words key: Politics, lasallismo, action, education, common.

Es fácil encontrarse con la palabra política de manera frecuente, especialmente en un país como el nuestro que vive prácticamente siempre en procesos de elecciones, con las complicaciones y altos, altísimos costos que esto implica.

Cada elección trae consigo el uso insistente y desmedido de la palabra política; el exceso en el empleo de este término y su asociación con situaciones de abuso, egoísmo y corrupción, así como con personajes desprestigiados por decir lo menos, han limitado y devaluado con mucho lo que el término implica.

No estoy seguro de que todos entendamos la idea aristotélica de que somos animales políticos, (Aristóteles, *Política* 1982) ni aquello de que la política tiene que ver con la construcción (buena, claro) de las ciudades, por aquello de la polis griega; considero incluso que no es osado asegurar que un trabajo de campo serio, nos aportaría resultados interesantes que incluirían conclusiones tristes, alarmantes y hasta grotescas, de lo que el común de la gente considera que es la política, con las honrosas excepciones de siempre, claro está.

En ese orden de ideas resulta aparentemente arriesgado vincular el término “política” con el lasallismo, especialmente para quienes a fuerza de profundizar en lo que histórica y filosóficamente representa este movimiento (el lasallismo), hemos descubierto un verdadero valor para la humanidad, valor que va más allá del hecho educativo al que dedica en gran medida sus esfuerzos, que de suyo es de estimarse. Esto sin pasar por alto la cantidad de personas que en distintos rincones del mundo y a lo largo de más de tres siglos han empeñado hasta la vida (literalmente), en aras de la educación cristiana para sus semejantes. Asumo pues el aparente riesgo para desvelar las muchas similitudes que ambas palabras en cuanto a significado tienen, así como la riqueza que su conjunción genera y puede generar.

De las muchas definiciones que de política pueden hacerse me quedo con una que encontré alguna vez en un libro utilizado para estudiantes de preparatoria: “la acción común para el bien común” (Martínez Lavín Carlos 1993, Pag. 125), y me

quedo con ella por que es simple, sencilla, ya que si bien define en términos amplios el concepto que nos ocupa, me parece que reconoce a la política en lo que esencialmente debe ser, y porque además permite razonar y profundizar de modo poco complicado lo que la frase implica.

Aunque estoy de acuerdo con la afirmación de que los seres humanos nacemos esencialmente libres, debe reconocerse que no todo lo que somos estuvo en el espacio de nuestras decisiones, ni nuestra voluntad pudo influir en varias cosas; esto a pesar de que señalo que se trata de nuestro ser, nuestra esencia, ni más ni menos; algún ejemplo clarificará la idea: Tenemos un cuerpo que ocupa un lugar en el espacio, resultado de la suma de una cantidad ingente de moléculas que forman órganos diversos que día con día desarrollan una variedad impresionante de actividades que nos permiten vivir; los estudiosos de la fisiología humana nos han subrayado que ese cuerpo es sobre todo agua, ¿interesante no? Y ahora preguntaría al lector si en algún momento alguien le cuestionó sobre su deseo de tener cuerpo o no, o acaso su opinión de los componentes que este (su cuerpo) debería o convendría que tuviera. Me parece que está claro que al respecto no tuvimos cosa alguna que ver; tenemos cuerpo, esa es una realidad irrefutable en la que no intervenimos. Pero hay más, uso ahora un segundo ejemplo que nos interesa particularmente por el tema que nos ocupa: somos entes sociales y ya, nos guste o no, lo disfrutemos o padezcamos, naturalmente sociales; nuestra libertad nada tiene que ver con esto, no fuimos cuestionados al respecto, no lo elegimos, necesitamos en toda la extensión de la palabra a los demás y es claro que algo podemos hacer con, para y por los demás, ya en sentido positivo o negativo, esto sí puede elegirse, pero de nuestra naturaleza social no. Es más, no podría pensarse en la continuación de nuestra especie en la soledad individual. Aristóteles razonó esta cuestión generando lo que conocemos como Naturalismo

Social y se apoyó en evidencias históricas y hasta en la fisiología humana. Es claro, somos seres hechos para vivir en sociedad, alejarnos de ella implica el riesgo de la demencia.

Hablar de sociedades es hablar del ser humano con otros seres de su especie, en interacción pero sin pérdida de su individualidad, toda vez que los procesos mentales que desarrolla, así como las funciones fisiológicas que le permiten existir, se dan en el espacio del yo personal, pero al entrar en relación con otros, se somete, convencido o no, a “códigos” que va aprendiendo durante el desarrollo de su vida, generando los hechos sociales, es decir, “lo que es general en el conjunto de una sociedad, conservando una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales” (Durkheim Émile 1998, Pag. 32)

Luego entonces no es descabellado afirmar, como en un juego tramposo de palabras, que somos, por los demás y por cada uno de nosotros, lo que somos, es decir, la suma de lo que soy en lo individual, por mi historia, aprendizajes y vivencias, con lo que es mi entorno humano (sociedad) como resultado de una cultura generada a través de siglos y siglos de experiencias e historia. Pero eso no es todo: somos en una época específica, en coyunturas únicas, similares o diferentes a otras, pero no repetidas en cuanto a idénticas. Ya Ortega y Gasset ( ) hizo notar el “yo y mi circunstancia” que nos hace ser.

Así pues, soy un ser social porque está en mi naturaleza serlo, y al entrar en convivencia con otros, genero hechos sociales que recogen en alguna medida las experiencias anteriores de mi especie, y que a su vez servirán para seguir impactando los que otras generaciones habrán de realizar.

En cualquier caso, al echar un vistazo a la historia es fácil encontrar que los seres humanos, ya en el ámbito individual o colectivo buscamos siempre la realización plena, que durante el tiempo que nos toque vivir encontremos los espacios adecuados para desarrollarnos, para ser felices. La cuestión es que si atendemos a los razonamientos formulados anteriormente, queda claro que esa felicidad sólo es posible si quienes nos rodean y constituyen la sociedad en la que nos desarrollamos, tienen también un buen grado de felicidad, entendida ésta no como un estado de euforia y éxtasis permanente, sino como un estado de equilibrio de todas las dimensiones personales y sociales, que permita el disfrute y aprovechamiento propio de las circunstancias por las que cada uno atraviese, esto último (el aprovechamiento), incluso de aquellas experiencias que resultan francamente dolorosas.

Es interesante analizar cómo ha entendido esto la humanidad en distintas épocas y lugares. En aras de ésta búsqueda de la felicidad se llega al absurdo de la guerra, del daño a terceros, del suicidio. Se pone excesiva atención a territorios, poder financiero o de control por encima de la realización común. Todo esto implica, de cualquier forma, destrucción. Pero ésta única visión del mundo y la humanidad es parcial y por lo tanto injusta; también existen verdaderos ejemplos (y no pocos por cierto) de personas y pueblos que han empeñado esfuerzos por crecer, superarse y mejorar desgastándose para lograr la satisfacción personal y social, como fórmula de acercamiento a la felicidad.

Resulta entonces que debo trabajar por mi realización, pero de manera simultánea por la realización de quienes me rodean, de mi pueblo, de mi raza, de mi especie, y más aún, por mejorar en lo posible las circunstancias que nos han tocado vivir, sin olvidar en momento alguno a la naturaleza de la que formo parte; y si logro

hacer que ese esfuerzo personal se sume a otros que trabajen por su mejoría y la mejoría social, entonces seré congruente con mi naturaleza, y estaré haciendo política, mucha política, verdadera política, pues estaré, como quedó asentado ya, en acción común, por el bien común.

Y a todo esto ¿dónde entra el lasallismo?

He podido destinar varias jornadas al estudio del fundador de este movimiento, Juan Bautista de La Salle y Mœet, y también a un poco de la vasta historia que ha generado la obra que inició y que hoy puede contar entre la muchedumbre a la que ha envuelto, a seres humanos de más de ochenta nacionalidades en todos los continentes del mundo; consecuentemente la experiencia multiétnica es cotidiana en esta obra, como también lo es experimentar de manera cercana la diversidad en las dinámicas sociales que se van generando en distintas partes del planeta. Sumergirse en el lasallismo es hablar de trabajo comunitario y en cierta forma entrar en contacto con un poco de la historia de muchos pueblos, de países desarrollados, emergentes o del tercer mundo; es saber de momentos de duras pruebas que llevan al sacrificio, o de la alegría de acompañar el renacimiento de comunidades que se sentían verdaderamente desamparadas; es asombrarse con muchos testimonios antiguos y actuales de servicio en el más amplio y puro de sus significados; consecuentemente me parece que puede decirse, como seguramente lo intuye el lector, que el lasallismo tiene mucho de política, verdadera política; dicho una vez más: de acción común por el bien común.

Me queda claro que el concepto de comunidad, es decir, de alianza de voluntades, de compartir vida, proyectos, filosofía, respetuosos del yo personal que libremente se entrega en la medida que es posible, renovando esa entrega en cada jornada, para asociarse en torno a la educación como estrategia para la realización de las

personas y su acercamiento con Dios, especialmente los pobres, es el corazón del lasallismo (cfr. De La Salle 2001). Es decir, sin el plural que genera la suma del yo con otro yo, simplemente esta obra no tendría sentido; pero es una suma que se da con un motivo claro, en torno a una causa, no es el estar por estar como una forma de pasar la vida; es más bien una manera de desgastar la vida, es decir, de invertirla, de utilizar las facultades que cada uno tiene, y las que generamos en conjunto para que nuestro entorno, nuestra sociedad, nuestra circunstancia, y naturalmente nuestra persona esté en plenitud. El medio: la educación. La estrategia: la comunidad; la base doctrinal: el cristianismo; un foco de especial atención: los pobres. En una palabra, el amor a través de la educación.

Lo mejor que nos puede suceder es que una obra que implica una seria preocupación por la justicia social, la libertad y la realización de las personas, como pasa con el lasallismo, encuentre espacios adecuados para crecer y desarrollarse, para cumplir a cabalidad su misión por los beneficios que en lo personal y en lo social tiene, y eso es una responsabilidad común que implica diversas vertientes a saber: No puedo apoyar aquello que no me involucre y no puedo involucrarme con aquello que desconozco, o bien con aquello que conociendo desapruero, o dicho de otra manera, aquello que para mí no ha pasado la prueba, la prueba de su armonía con mis credos, con mis convicciones; tampoco puedo dejarme envolver así sin más por cualquier doctrina sin estudios serios que normen mi criterio, lo que no descarta escuchar razonadamente diversos puntos de vista, pero tampoco atropella mi libertad de elegir, después de hurgar, de investigar, de preguntar; para involucrarse ayuda mucho la existencia de testigos que a través de lo que digan, pero más aún de lo que testimonien sin palabras, me muestren que es posible y valioso lo que pregonan, por constructivo.

Solemos vibrar con aquello que hace sintonía con nosotros en un momento dado por causas que hacen coincidir nuestros impulsos, cualidades y capacidades con un medio que nos resulte confiable por el que pueden ser canalizados, explotados y que permita experimentar una verdadera sensación de satisfacción personal, con resultados más o menos claros pero ciertos en el sentido que busco. Es entonces que nos comprometemos, o cuando menos que podemos hacerlo; las condiciones están dadas, sólo resta la decisión, la voluntad de cada uno y ya está, he hecho mía una causa, y claro que es valioso impulsar en el seno de los grupos sociales, a las organizaciones que favorecen la cercanía de la comunidad y de las personas con su realización plena, con su bienestar.

Nada más lejano para quien escribe que asegurar que el lasallismo es la única organización, movimiento o mejor aún, comunidad que hace política en los términos establecidos, subrayo, sólo por prudencia, que la especificidad se deriva del tema que trato. Continuemos pues: Es fácil deducir que si bien la política nace en cada uno, como me parece que es inherente también al ser humano la necesidad de compartir, de hacer crecer, de colaborar, ambas inclinaciones tienen como escenario natural al grupo social porque su realización sólo adquiere sentido en el grupo, aunque su consecuencia es, entre otras, un impacto positivo al ser en lo individual.

Pareciera hasta aquí que se plantea una verdadera utopía al abordar el tema pero me parece que no es así. No soy ajeno a las dificultades que implica la convivencia entre personas y además tengo muy claro que no todos pensamos igual, que no todos vemos las cosas de la misma forma ni estimamos de idéntica manera el pensamiento de los demás. Lo que para alguno es admirable para otro no lo es, y lo que para alguien puede ser un notable acierto para otros puede ser

un craso error. Por eso obedece a impulsos naturales buscar hacer grupo con aquellos con los que encuentro afinidad, si no total, cuando menos lo suficiente para sentir respaldo en mis posturas, para impulsar mis criterios, para ejecutar acciones, para lograr objetivos. Claro que esto no garantiza el surgimiento de grupos solamente constructivos, positivos. Lo que debe normar los criterios para determinar lo conveniente de lo que no lo es, independientemente de percepciones individuales o colectivas es el fruto que generan, o como recientemente escuché en algún curso impartido por una teóloga destacada, la Dra. Barbara Andrade: el florecimiento de la persona. (Comunicación personal, México, D.F., 17 de marzo de 2006).

Así, aunque con riesgo de parecer simplista, me parece que surgen corrientes grupales que van generando bases doctrinales en las que se sustentará el actuar de un grupo de personas, y el marco jurídico dentro del que se desenvolverán; aparecen líderes, se debaten ideas y aunado a circunstancias específicas que provocadas por coyunturas, permiten el surgimiento de organizaciones que buscan el poder, búsqueda que entendida en el marco de nuestras reflexiones debería ser un acto de verdadera grandeza por la humildad que exige: pedir a los demás que aceptando los criterios y proyectos que me mueven, me permitan usar la fuerza que generamos en conjunto para orientar al grupo social a mejores niveles de vida. Si el grupo acepta, entonces tengo el poder, pero un poder comprometido para el servicio, para el engrandecimiento de todos, para el cumplimiento de la causa. Un poder temporal, cuyo ejercicio conviene sea comunicado abiertamente, sujeto a evaluación constante. Eso es política y eso es también lasallismo, similares, no idénticos. El lasallismo centra sus esfuerzos por el bien común a través de la educación cristiana, con atención especial en los pobres (cfr. Botana 2004 p 21-24); la política tiene un espectro mucho más amplio,

tanto como inquietudes sociales surjan. En ambos casos conviene no perder de vista los frutos que se generan, o como se señaló, el florecimiento de las personas.

La Salle logró formar un grupo de hombres que aprendían de él y con él, que se identificaron con sus ideales, que le respaldaron y a quienes respaldó. Hombres que se educaban para educar, que se formaban para formar, que cultivaban su fe para compartirla, que se comprometieron, que se apoyaban y que constituyeron la raíz, poderosa raíz del árbol cuya sombra ha cobijado a millones de seres humanos(cfr. Bédel, 1998, p 41 – 56). Pero esto claro que tuvo un costo: la incomprensión de muchos, hasta de algún familiar muy cercano; la crítica severa y cruel, la destrucción física de mobiliario, el abandono, la pobreza. Claro está que visto a la distancia, los beneficios han superado con mucho la factura que hubo que pagar; es decir, lanzarse a la valiosa aventura de buscar alianzas para trabajar por el bien común implica siempre un costo personal que bien vale pagar en aras del bien social, aunque tal ejercicio resulta por supuesto, doloroso.

Pero La Salle no ha sido el único que ha debido pagar el alto costo que generan los altos (vágase la redundancia) ideales. Es deseable que existan cada vez más personas y agrupaciones dispuestas a cubrir la cuota que les toque con tal de lograr buenos frutos.

Vayamos ahora a nuestro tiempo en nuestro México: Por nuestro marco legal, algunas agrupaciones que han manifestado su franco interés por la política se han convertido en partidos políticos; partidos que deben buscar el poder en el orden señalado anteriormente pero cuya actuación mueve a la duda y al cuestionamiento razonado. Los ciudadanos nos hemos olvidado en buena medida de que la política

surge en nosotros mismos y hemos aceptado la idea incorrecta de que quienes hacen política se concentran en esas organizaciones que a eso se dedican, o en el gobierno en cualquiera de sus niveles.

Sentirnos ajenos ha generado consecuencias, nos movemos como espectadores más o menos interesados, emitimos opiniones más o menos fundadas y dejamos de lado el poder que tenemos en conjunto. Cuando hay que elegir se da la paradoja de que los candidatos ganadores obtienen el triunfo con una verdadera minoría de los empadronados; el resto se resigna y espera que quien gobierne lo haga bien, de otro modo, a pagar las consecuencias.

Se nos olvida acompañar en actitud crítica (no crítica) a nuestros gobernantes; dejamos de exigir el cumplimiento de compromisos y de evaluar su trabajo. Les dejamos solos en el desempeño de su trabajo y eso les quita fuerza en la aplicación de políticas que benefician pero también les da un margen de maniobra para actuaciones deshonestas.

Sucedería similar en la comunidad lasallista mundial si creyéramos que la responsabilidad única de esta obra (el lasallismo) descansa solamente en los religiosos y religiosas que han abrazado la vocación de participar en la obra fundada por San Juan Bautista de La Salle. Como si las voces de los laicos no pudieran aportar, como si nuestras reflexiones en torno a la obra fuesen estériles, como si nuestras ideas fuesen inútiles, como si nuestra capacitación fuera intrascendente.

En unos meses de la aparición de esta publicación se tendrán elecciones federales en México, y en algunas entidades habrán de elegir autoridades locales;

si queremos ejercer nuestra natural tendencia a buscar estar bien, entonces este periodo, o cualquiera de elección, es una etapa que exige nuestra atención, nuestra activa participación.

No es necesario poner a prueba a muchos candidatos pues su trabajo está a la vista, ya han dado pruebas de quién es quién, sólo falta sacar conclusiones.

El lasalismo y la política exigen compromisos, en distintos niveles es cierto, pero compromisos al fin, después de todo se trata de actividades que bien valen la pena, desde distintas trincheras a un objetivo común: el bienestar social, así que conviene que cada vez haya más lasallistas haciendo bien su labor, es decir haciendo política y cada vez más políticos interesados en la educación.

#### Referencias

Aristóteles (1982) *Política*, México: Porrúa, S.A.

Bèdel Henri (1998) *Orígenes 1651- 1726* Roma: Hermanos de las escuelas cristianas

Botana Antonio (2004) *Itinerario del educador*, Roma: Hermanos de las escuelas cristianas

De La Salle San Juan Bautista (2001) *Obras Completas* Tomo I, Madrid: San Pio X

Durkheim Èmile, 1998, Pg. 32, *Las Reglas del Método Sociológico*, México, D.F.: Ediciones Coyoacán, S.A. de C.V.

Martínez Lavín Carlos, 1993, Pg. 125, *Doctrina Social de la Iglesia para Jóvenes*, México, D.F.: Editorial Progreso, S.A.

ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, Ed. REI, México 1987, 62-65. Cf. MARÍAS, Julián, *Historia de la filosofía*. Madrid <sup>33</sup>1981, 435. 437. Cf. también MARÍAS, Julián, «Introducción» a: ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, México 1987, 18-19 y 21-22.